

Sangre y champán

Alex Kershaw

La vida y la época de Robert Capa

DEBATE

www.megustaleer.com

Índice

Cubierta

Agradecimientos

A cinco mil kilómetros de Omaha

1. Conversación en Budapest

2. Bárbaros en las puertas

3. El hombre que se inventó a sí mismo

4. La guerra apasionada

5. «Muerte de un miliciano»

6. «La Paquena Rubena»

7. Los cuatrocientos millones

8. La derrota final

9. Aislamiento total

10. Salirse del paso

11. El desierto

12. Es una guerra dura

13. El día más largo

14. El bocage

15. Victoria

16. «¡Te está mirando, chico!»

17. Fin del idilio

18. De nuevo en la Unión Soviética

19. El new look

20. Un camino de muerte

21. El reino de los sentidos

22. ¿Cómo es posible que sea viejo?

23. Más adelante está el Delta

Epílogo

Bibliografía

Créditos

Notas

Para mí, Capa llevaba el deslumbrante traje del matador pero nunca entró a matar; gran jugador, luchó por sí mismo y por otros en una vorágine. El destino quiso que la muerte se lo llevara en la cúspide de su gloria.

HENRI CARTIER-BRESSON

Agradecimientos

Durante los más de cuatro años que he tardado en reunir los datos necesarios para escribir este libro han sido muchas las personas que me han ayudado y alentado enormemente. Aun antes de que el libro hubiera sido autorizado, casi todos los contemporáneos de Capa ya habían consentido en ser entrevistados. Incluso los que se encontraban demasiado enfermos o creían no tener nada nuevo que aportar ayudaron generosamente. Estoy particularmente agradecido a Henri Cartier-Bresson por haberme autorizado a citar sus reflexiones sobre Capa.

Muchas personas de distintos países me han ofrecido su hospitalidad. En París, Suzy Marquis y su marido Jean-Gabriel se mostraron particularmente generosos con su tiempo. Bettina Graziani, Warren Trabant y Pierre Gassmann me acogieron también en sus casas. El fotógrafo británico residente en París y veterano de la agencia Magnum, Jimmy Fox, me brindó una ayuda inestimable, además de pistas sutiles y muchos teléfonos de contacto de personas retiradas hacía tiempo de la vida pública. John Morris, colega y amigo de Capa que todavía vive, se mostró igualmente solícito y no escatimó esfuerzos a la hora de proporcionarme un retrato ecuánime de la vida de Capa. El distinguido cineasta Patrick Jeudy tuvo la gentileza de mostrarme películas y documentales de actualidad maravillosos de Capa en acción.

Lara Holman, de la Hulton-Getty Picture Collection de Londres, buscó y encontró fotografías cruciales, y Josie Meijer, de Macmillan, dedicó tiempo y esfuerzo a obtener las que aparecen en este libro. No fue tarea fácil en estos tiempos en que se obtienen excesivas ganancias de las imágenes históricas, y le estoy muy agradecido. El personal de la Colindale Newspaper Library de Londres, especialmente Jackie Pitcher y Michael Nash, puso a mi disposición los números de todos los reportajes que hizo Capa para *Illustrated* y el *Picture Post*, los cuales mostraban mejor su obra que ninguna otra publicación. A pesar del acceso restringido a los archivos de *Time-Life*, logré obtener información clave gracias a varios miembros del personal, en concreto Bill Hooper, quien localizó una entrevista de radio concedida por Capa que arrojó bastante luz sobre muchas cuestiones controvertidas.

La escritora Jozefa Stuart, que conoció personalmente a Capa y a principios de los sesenta preparaba una biografía de él que permanece inédita, habló conmigo largamente, e incluso se valió de su influencia para conseguirme acceso a información crucial que ella había reunido y que ahora pertenece al Centro Internacional de Fotografía de Nueva York. Asimismo, ningún libro sobre Capa puede dejar de reconocerse en deuda con el albacea de Robert Capa, Richard Whelan, y su innovado

biografía de 1985; basada en parte en el trabajo pionero de Stuart, es un relato impresionantemente detallado de la vida de Capa.

Otras personas me han ayudado a explicar sucesos y cuestiones clave de la vida de Capa. En Lynchburg, Virginia, mientras escuchaba a Glenn Miller, el profesor Bill McIntosh de la National D-Day Foundation me ofreció una visión global militar del día más importante de la carrera de Capa, me ayudó a comprender algunas de las complejidades estratégicas de la batalla de Normandía y la operación Overlord.

Mi padre se recorrió a pie playas bajo la lluvia y pasó varios días en Normandía y París, siguiendo los pasos de Capa. Mi madre me enseñó el sur de España. Jay Deutsch, de la Leica Gallery de Nueva York, me facilitó contactos y una comprensión técnica de la Leica. El profesor Wolodymyr Stojko de *Ukrainian Journal* se puso en contacto con fuentes de Kiev y me proporcionó una sagaz visión de la visita de Capa a la Unión Soviética. El marchante de arte y fotografía Howard Greenberg me habló con franqueza del valor comercial de la obra de Capa. Susan Shillinglaw, directora del Steinbeck Center, me señaló varias fuentes importantes. Patty Cottingham, directora ejecutiva de la Scripps Howard Foundation, me facilitó teléfonos de contacto de periodistas y fotógrafos. Rick Bray del Ernie Pyle Historical Site desenterró mucha información sobre las hazañas de Capa con Ernie Pyle. El legendario George Silk me ayudó a comprender el punto de vista de otro fotógrafo al cubrir la Segunda Guerra Mundial. Bernard Crystal de la Universidad de Columbia me señaló correspondencia relacionada con los tratos comerciales de Capa con John Steinbeck. Michael Edwards del Eisenhower Center localizó varias transcripciones importantes de veteranos del día D. Steve Plotkin de la Biblioteca JFK de Boston me ayudó a localizar fotografías maravillosas de Capa con Hemingway y Martha Gellhorn.

En Budapest, Éva Keleti y Katya Steiner se desvivieron por hacer mi estancia lo más agradable e iluminadora posible. Sin ellas nunca me habría hecho una idea del pasado húngaro de Capa. En España, María Paz pasó varios meses siguiendo pistas ambiguas, estudiando con minuciosidad documentos y concertando entrevistas. Chris Littleford tradujo artículos periodísticos clave y persiguió a fuentes poco inclinadas a colaborar. Estoy asimismo en deuda con su mujer Amor por su hospitalidad. Miguel Ángel Jaramillo Guerreira, director del Archivo General de la Guerra Civil Española de Salamanca, soportó un aluvión de preguntas. Manuel Melgar de los Archivos Militares de Madrid también fue de gran ayuda.

En Alemania el profesor Hans Puttnies me ayudó a situar en su contexto mi investigación sobre Alemania de Weimar. El biógrafo Irme Schaber me ayudó a localizar a varios contemporáneos de Capa, entre ellos Ruth Cerf Berg e Irene Spiegel. Irme Schaber también me habló de su obra pionera sobre Gerda Taro. Le agradezco profundamente el tiempo que me dedicó y la ayuda que me brindó. Ojalá todos los biógrafos fuéramos tan positivos y libres de prejuicios. En Suiza, la hija de Ruth Cerf Berg, Kathrin Berg Müller, fue particularmente de ayuda al obtener respuestas a muchas preguntas.

que formulé a su madre, una mujer realmente extraordinaria. En Amsterdam, Eva Besnyö me proporcionó una nueva percepción de la infancia de Capa. En Washington, Ben Bradlee me describió de manera concisa y expresiva su estancia en París y en Klosters. John Fox, de la unidad de información del FBI, me explicó varios detalles del expediente del FBI de Capa. John Kelso, jefe de sección de la Freedom of Information Privacy Acts Section Office of Public and Congressional Affairs, me facilitó todos los documentos que tenía autorización para dar a conocer. David Wallis, de Nueva York, me facilitó muchos artículos importantes de varias bases de datos.

Leslie Calmes, del Center for Creative Photography de Tucson, localizó un tesoro escondido de material asombroso, en especial muchos fragmentos de memorias y varias cartas escritas por Hans Mieth que he citado extensamente. Estoy sumamente agradecido a Georgia Brown, amiga de Mieth por haberme autorizado a hacerlo. El doctor Norman Allan de Toronto también puso generosamente a mi disposición el manuscrito de una biografía inédita de su padre, autorizándome para citarla. Estoy igualmente en deuda con Jinx Rodger de Gran Bretaña por haberme permitido citar los diarios líricos de su difunto marido. Georgia de Chamberet de Londres me envió la penetrante biografía de su madre y fotografías de Gael Elton Mayo con Capa. En Vermont, Patti Stratton, Lucy Steele y Amanda Hoar trabajaron sin descanso para transcribir más de cien horas de entrevistas. Estoy especialmente agradecido a Amanda por las numerosas horas que pasó confrontando viejos ejemplares de *Life* y *Picture Post*.

Jonathan Drubner, Tom Garagis, Paul y Amanda Armstrong, David Boyle, Tessa Souter, David McBeth, Serge Glansberg, Paul Spike, George Waud, Michael Watts, Michael y Cynthia Perry, Kevin y Maria Smith y la inigualable Bettina Viviano me han brindado asimismo su apoyo y su amistad a lo largo de los pasados cinco años. En especial Dave Bernath y su familia de Venecia, California toleraron varias veces mi presencia en su sofá. Por lo que se refiere a Dave, disfruté las innumerables horas que pasé discutiendo con él, y en un determinado momento hasta me proporcionó una traducción al alemán.

Mi gratitud, como siempre, a Lindsay Stirling por su ayuda y asesoramiento sumamente profesionales con el manuscrito. Quisiera expresar asimismo mi agradecimiento a Pierce Brosnan, Beau Saint Clair y Angeliqúe Higgins de Irish Dreamtime, y a Robert Bookman y John Levin de CA, así como a Nigel Sinclair de Intermedia, por su vivo interés en este proyecto.

El personal y los directores del *Guardian*, el *Observer* y la *Sunday Times Magazine* llevan tiempo financiando mis viajes y me han proporcionado ingresos cuando más los necesitaba.

Tanto dentro como fuera de Estados Unidos he recibido asimismo ayuda del personal de muchas instituciones y bibliotecas, desde la Lanesboro Public Library de Minnesota hasta la Biblioteca Pública de Nueva York. El personal de la Sawyer Library del Williams College me soportó hasta altas horas de la madrugada de un invierno especialmente largo. También he hecho uso del material de la Park-McCullogh Free Library de Bennington, el Bennington College, la British Library, el Museo

Imperial de la Guerra de Londres, los archivos de la oficina de Nueva York de la agencia Magnum, los Archivos de la Guerra Civil Española de Salamanca, los National Archives de Washington, D.C., el Instituto de Historia Militar, el Eisenhower Center de Nueva Orleans, la National D-Day Foundation de Virginia, la Biblioteca del Instituto Cinematográfico Británico, la Asociación de Prensa Extranjera de Washington, la Universidad de Columbia, los archivos del *New York Times*, la Academy of Motion Pictures Arts and Sciences, el Getty Museum de Los Ángeles, la Eastman Kodak House de Nueva York, las embajadas rusa y húngara en Washington, la Colindale Newspaper Library, la Westminster Public Library, la Biblioteca del Congreso y los Archivos ParisMatch de París.

Las personas que cito a continuación consintieron amablemente en responder a mis preguntas y en facilitarme información, muchas de ellas concediendo entrevistas de varias horas: el doctor Alexander Matthews, Alfred Gellhorn, John Hammond hijo, Hart Preston, Jim Nachtwey, Ray Nance, Betty Hooper, Earl Wilson, Elizabeth Teas, Lucille Hoback Boggess, Roy y Helen Stevens, Eva Besnyó, Karoly Kincses, Nina Beskow, Robert Brau, Alan Goodrich, Jim Lager, Steven Burstin, Andrew Mauldin, John Morris, Inge Morath, Dirck Halstead, Elliot Erwitt, Jean-Gabriel y Suzy Marquis, Florian Clavadetscher, Ruth Guler, el difunto Larry Adler, Ruth Hartmann, Larry Collins, Bettina Graziano, John Loengard, Peter Viertel, Russel Miller, Donald Spoto, Harry Benson, Anjelica Huston, Eva Arnold, Myron Davis, Jimmy Fox, Thomas Gunther, Marc Riboud, Pierre Gassmann, Ruth Cerf Bernier, Russell Burrows, Anthony Sawa, Irme Schaber, Hans Puttnies, Patrick Jeudy, Michel Descamps, Marie-Claude Cogny, David Douglas Duncan, Judy Freiburg, Yvonne Halsmann, Patricia Wheatly, Ben Bradlee, Jean-Jacques Naudet, Georgia Brown, Marie-Monique Robin, Jinx Rodger, Rosemarie Scherman, Frank Zachary, Slim Aarons, el doctor Norman Allan, George Silk, Inge Bondi, Liesl Steiner, Irene Spiegel, Carl y Shelley Mydans, Milton Wolff, Audrey Jarreau, Henri Cartier-Bresson, Burt Glinn, Lois Mercier y María Borrell García.

La idea de este libro surgió en el transcurso de varias conversaciones con mi mujer y varios periodistas gráficos excepcionales con quienes he trabajado estrechamente en la última década. Simon Norfolk, Charles Ommanney, John Snowden y Greg Williams han compartido todas mis revelaciones y hecho más de lo que en justicia les correspondía para llevar a cabo numerosos encargos difíciles. A través de ellos he conocido de primera mano la enorme voluntad que se necesita hoy en día para ser periodista gráfico y seguir pagando el alquiler.

El resultado más positivo de este libro ha sido una nueva amistad con otro periodista de toda la vida. Siempre estaré en deuda con el ex director de *Heute*, Warren Trabant, hombre de gran sentido del humor, perspicacia y distinción, que bebió y cenó con Capa, y pasó muchas veladas maravillosas haciendo lo mismo conmigo.

Asimismo he sido afortunado de tener una editora tan incisiva como alentadora en Macmillan, Georgina Morley, que ha estado a mi lado a las duras y a las maduras, y ha esperado más allá de toda expectativa razonable a que terminara el libro. Nicholas Blake ha hecho una labor magnífica

editarlos. Mi agente, Derek Johns, siempre ha sido un modelo de diplomacia y paciencia, y otros muchos miembros de AP Watt, en especial Linda Shaughnessy, me han brindado una ayuda inestimable.

Por último, este libro nunca habría visto la luz de no ser por la infinita paciencia y tolerancia de mi esposa Robin. Ella y mi hijo Felix me han concedido el tiempo y el espacio para dedicarme a lo que había convertido en una obsesión de hacía cinco años. También quisiera dar las gracias a su familia, sobre todo a la mía, por su apoyo que viene de muchos años.

A cinco mil kilómetros de Omaha

Creo que Capa ha demostrado más allá de toda duda que la cámara no tiene por qué ser un frío artefacto mecánico. Al igual que la pluma, es tan hábil como la persona que la utiliza. Puede ser la prolongación de su mente y de su corazón.

JOHN STEINBECK, *Popular Photography*¹

Una tarde de finales de otoño me dirigí en coche al norte a través de Virginia y contemplé cómo las Montañas Azules se volvían cada vez más imponentes según me acercaba a Bedford, donde se encuentra el primer monumento conmemorativo que se levantó en Estados Unidos del día D, como se conoce la fecha del desembarco de los aliados en Normandía. Mientras se ponía el sol, recorrí un recinto con el sargento Roy Stevens, un veterano de ochenta y cinco años de la Compañía A del 116.º Regimiento de Infantería de la 29.ª División. Varios hombres entrados en años se acercaron y compartieron con el sargento Stevens sus recuerdos, a veces con lágrimas en los ojos; eran veteranos del «Bulge», la playa de Anzio y la batalla de Normandía.

Más tarde Stevens me explicó con detenimiento su versión de los hechos. En la madrugada del 6 de junio de 1944 se preparó para subir a bordo de una lancha de desembarco con destino a la playa de Omaha. En el preciso momento en que se disponía a embarcar vio a su hermano gemelo, Ray.

—Me tendió la mano —dijo Roy—. Pero yo, en lugar de estrechársela, le dije: «Mira, te estrecharé en Vierville-sur-Mer, arriba en el cruce, antes del mediodía».

Ray bajó la cabeza y murmuró que no iba a conseguirlo. No iba a salir de ésa con vida. Estaba convencido de ello. Roy Stevens tampoco logró llegar esa mañana a Vierville-sur-Mer. Su lancha de desembarco se hundió a unos cientos de metros de la orilla, minutos antes de que llegara la primera oleada de tropas norteamericanas. Stevens no se ahogó gracias a un compañero de la Compañía A que lo rescató, y cuatro días después llegó por fin a la playa de Omaha, donde encontró una tumba improvisada para su hermano y varios amigos.

Su hermano y otros dieciocho jóvenes de Bedford habían perdido la vida a los pocos minutos de llegar a la «Sangrienta Omaha», escenario de la mayor carnicería del día D. De los treinta y cinco soldados de Bedford que pertenecían a la Compañía A, al anochecer habían muerto veintiuno. Los historiadores de la guerra creen que Bedford sufrió más pérdidas per cápita que ninguna ciudad o pueblo de Estados Unidos.

En el modesto rancho del señor Stevens hablamos hasta entrada la noche de su hermano, de Bedford y de la guerra. Al final le enseñé un gastado libro que había encontrado en una tienda de libros raros de Nueva York: *Images of War*.

—¿Quién lo ha escrito? —preguntó Stevens al llegar al capítulo de la página ciento cinco, titulada «La invasión».

—Robert Capa —respondí—. Fue el único fotógrafo que desembarcó en Omaha con la primera oleada, con el ciento dieciséis en Easy Red.

—¿Easy Red? —preguntó Stevens—. ¿La primera oleada? ¿Era soldado o guardacostas?

—Ninguna de las dos cosas. Era periodista. Un judío húngaro que se alistó voluntario.

—Algunos de los mejores hombres... eran voluntarios. Pero no duraron mucho.

Stevens leyó una cita de Capa:

Diría que los corresponsales de guerra consiguen más copas, más chicas, mejor sueldo y mayor libertad para escoger su destino. Pero el hecho de que se les permita ser cobardes sin ejecutarlos por ello es su peor tortura. El corresponsal de guerra tiene en las manos su apuesta —su vida— y puede ponerla en ese o aquel caballo, o volver a guardársela en el bolsillo en el último minuto. Yo soy jugador. Decidí ir con [...] la primera oleada².

Stevens se detuvo en una foto que mostraba a varios soldados luchando por llegar a la orilla bajo un fuego intenso.

—¿Cómo dices que se llama?

—Robert Capa.

—Debía de querer muchísimo estas fotografías.

Stevens permaneció sentado en silencio y pasó otras ochenta páginas, llegando por fin a una de las últimas fotografías de Capa, tomada sólo unos días antes de morir a los cuarenta años en Indochina el 25 de mayo de 1954. Cerró el libro y se recostó en su sillón abatible. De pronto parecía cansado.

—¿Ha vuelto a ir a Omaha? —pregunté.

—Sí —respondió orgulloso—. Ya lo creo.

Señaló una pared cubierta de fotografías enmarcadas. Entre ellas había dos condecoraciones del Corazón Púrpura engastadas, la suya y la de su hermano. También había una pequeña fotografía en la que se le veía paseando por la playa de Omaha en 1994, con la cara contraída de la emoción.

—¿Ha estado usted? —me preguntó.

—Sí, esta primavera.

—¿Visitó el cementerio?

Hice un gesto de asentimiento. El domingo de Pascua aparqué junto a las hileras de autocarros turísticos que se habían vaciado de norteamericanos octogenarios y sus familias en las puertas del cementerio, donde miles de sus coetáneos están enterrados bajo lápidas de mármol en lo alto de un acantilado que domina la playa de seis kilómetros de longitud.

Al principio me maravillé de la sencilla dignidad de los monumentos conmemorativos y del hecho de que todas las tumbas estuvieran orientadas al oeste, hacia su país. Pero luego reparé en una mujer de mediana edad que sollozaba sola ante una tumba. El padre al que nunca había conocido había muerto a doscientos metros, junto con otros varios cientos de norteamericanos que desembarcaron en la playa ese aciago día de junio.

En la playa propiamente dicha, una sección de doscientos metros había permanecido prácticamente intacta durante casi sesenta años. Habían retirado de ella las minas y las granadas sin explotar, así como todas las demás defensas letales, pero no los fantasmas. Llovía torrencialmente mientras yo recorría Easy Green y a continuación el kilómetro de Easy Red donde Robert Capa había fotografiado posiblemente los momentos más importantes del siglo XX, sin duda la noticia más importante de una corta pero incesantemente agitada carrera.

En Easy Red reinaba un silencio inquietante y evocador aun en medio del rugiente viento y el estrépito del oleaje. Para muchos de los que habían desembarcado aquel día y siguen regresando, el silencio era ensordecedor. Sólo en el interior de un coche que corre a toda velocidad hacia Bayeux o en un autocar turístico que regresa a París, la cacofonía de los moribundos se convierte en un susurro persistente.

En el transcurso de varios meses entrevisté a Stevens y a otros veteranos de la Segunda Guerra Mundial, tanto fotógrafos como soldados. Cada vez que me reunía con uno de ellos, le enseñaba *Images of War*. Muchos no habían visto nunca las fotografías de Capa de la playa de Omaha, por no hablar de sus reportajes de otros días memorables en cinco guerras diferentes. Un anciano de ochenta años se mordió el labio y cerró el libro; nada evoca recuerdos tan vívidos como una fotografía. Un oficial, uno de los quinientos mil norteamericanos que en 1945 habían sufrido fatiga de combate (crisis nerviosa y mental), se quedó mirando unos minutos las imágenes del día D sacudiendo la cabeza. Otro veterano se rió de una foto de un francés pasando una garrafa de vino a un soldado norteamericano abatido, y recordó un momento parecido en su largo viaje desde la playa de Omaha hasta Berlín.

El teniente de navío Ray Nance, comandante de Roy Stevens, luchó por contener sus emociones al ver las fotos de Capa de la playa de Omaha. Había perdido a todos y cada uno de sus hombres en su lancha de desembarco durante la primera oleada; chicos a los que conocía desde que tenía memoria, abatidos antes de poner un pie en la arena. Nance habló despacio al principio, como si no quisiera recordar, pero al cabo de unas horas me dijo que Omaha había sido su redención: tenía que haber un Dios, ¿por qué había sobrevivido él sino? Sólo Dios podía haberle salvado la vida de la ametralladora alemana que había jugado al «gato y al ratón» con él mientras se arrastraba solo y malherido a lo largo de doscientos metros de arena sembrados de minas³.

Otros comentaron que entre la obra de Capa no veían una sola imagen de violencia, sólo fotografías de belleza y tristeza. Todos querían saber más de ese hombre que había captado en blanco y negro lo

momentos más inolvidables de sus vidas. ¿Quién era ese jugador que había dejado un legado visual que mostraba la pureza del espíritu humano?

1

Conversación en Budapest

No basta con tener talento. También tienes que ser húngaro.

ROBERT CAPA, citado en *Life*, 19 de abril de 1997

Otoño de 1948: habían pintado una estrella roja sobre los viejos colores húngaros de la cola de la bandera de Dakota estadounidense obtenido según la ley de Préstamos y Arriendos. Robert Capa bajó la mirada hacia el mosaico de granjas que tan poco habían cambiado desde la época feudal. Luego volvió fugazmente el río de su juventud, el Danubio. Unos minutos después su avión pegaba botes en una pista de aterrizaje hacia un edificio lleno de agujeros de balas donde esperaban ceñudos unos oficiales comunistas.

Capa volvía a su tierra natal tras una ausencia de diecisiete años. Experimentaba sentimientos contradictorios: nostalgia y una profunda curiosidad, así como inquietud por lo que iba a encontrar en ese nuevo estado comunista. Por todas partes habría algo que le recordaría lo que había sido: un chico judío que se había abierto camino hasta la fama con chanchullos, peleas y camelos.

Durante muchos años el pasado de Capa había sido en buena medida un misterio aun para quienes creían conocerlo bien. Sin embargo en 1947 un viejo amigo, John Hersey, el genial autor de Hiroshima (1946), le había arrancado su máscara de hombre jovial y desenvuelto, dejando ver atormentado rostro de un refugiado del horror y el dolor. «Capa, el fotógrafo a quien colegas y rivales atribuyen las mejores fotografías de la Segunda Guerra Mundial, no existe —había escrito Hersey en una oscura revista literaria en 1947—. Capa es una invención. Existe una criatura con forma de hombre, baja y cuadrada, que se comporta como si se preparara para resistir algo, con ojos de spaniel, un labio superior cuidadosamente cínico y la buena suerte escrita en la cara; y esa criatura se pasea por ahí diciendo que se llama Capa y es famoso. Pero no es real. Es una invención todo el tiempo y en todos los sentidos¹.»

«El hombre que se inventó a sí mismo», como había llamado Hersey a Capa, en esos momentos cruzaba la sala de espera del aeropuerto. Los oficiales del Partido Comunista que lo esperaban sabían que había ido a Hungría como reportero de la revista Holiday, la elegante biblioteca norteamericana impresa en papel satinado de la nueva jet set. No tardó en encontrarse en las afueras de Buda, la aristocrática ciudad al otro lado del Danubio desde la emprendedora Pest. En otro tiempo

suntuosa, la ciudad se hallaba en esos días en ruinas a causa del implacable sitio de dos meses de los rusos en el invierno de 1944-1945. «Si bajabas la vista hacia la hilera de hoteles incendiados y los puentes derruidos —escribiría más tarde Capa—, Budapest parecía una mujer hermosa a la que hubieran arrancado los dientes.»

Rival en otro tiempo de París en arquitectura y refinamiento, Budapest había quedado marcada por el nazismo y a continuación despojada por el estalinismo de sus poderes de seducción de antaño. Los edificios estaban reconstruyendo, pero a un ritmo agonizantemente lento y en su mayor parte con sus propios brazos; sobre el viejo hotel Ritz, unas diminutas figuras con picos arremetían contra las paredes. Capa se dirigió al Danubio, donde de nuevo echó de menos algo de la conocida vista panorámica. Pronto cayó en la cuenta de que el puente Elizabeth, en su juventud el puente colgante más largo de Europa, había desaparecido junto con otros tres. Los habían volado los nazis en 1945 al batirse en retirada. También habían desaparecido muchos de los cafés de antaño a orillas del río. El café Moderne, donde su padre había jugado al pinacle hasta altas horas, era uno de los pocos que habían sobrevivido a los bombardeos alemanes y soviéticos.

El taxista que llevaba a Capa empezó a sortear las estrechas calles de Pest, dejando atrás los lujosos edificios de antes de la guerra de una burguesía judía en otro tiempo llena de vida. Cúpulas, agujas y torreones se empujaban entre sí para llamar la atención. En los balcones se veían figuras mitológicas extrañas. Algunos edificios todavía inspiraban una jovial confianza, con su mármol de imitación, bronce falso, vidrieras art déco y desconchadas paredes de estuco de todos los tonos pastosos e imaginables.

A ambos lados de las calles se amontonaban los escombros. Manzanas enteras habían desaparecido del todo. En el barrio judío donde Capa había crecido reinaba un silencio inquietante, ya que muchos de sus antiguos habitantes habían muerto en las cámaras de gas de Auschwitz. De las farolas de hierro forjado colgaban aquí y allá pancartas defendiendo el nuevo régimen comunista húngaro.

Empezaron a perseguir a Capa extraños recuerdos que salían como fantasmas de los conocidos callejones. La cría de elefante que hacía trucos en la pista de baile del club nocturno Arizona. Y esa noche inolvidable que había sangrado por los suelos de piedra del cuartel general de la policía del dictador Horthy. Capa había vuelto a Budapest, escribió, «para escuchar una música nueva»². Pero de pronto había acudido a su memoria una vieja y aterradora melodía: el jefe de policía de Horthy, Peter Heim, había silbado la Quinta Sinfonía de Beethoven mientras golpeaba a revolucionarios y melenudos como Capa.

Capa se alojó en el hotel Bristol, el único superviviente de una famosa hilera de elegantes hoteles de antes de la guerra. El recepcionista jefe examinó su pasaporte y le preguntó si había estado en Hollywood. ¿Tenía buenos contactos allí? Las preguntas del hombre le recordaron a sí mismo cuando llegó por primera vez a Estados Unidos y se registró en el Ellis Island, y un recepcionista igual de fisgona le había preguntado si había estado en Moscú.

Le hicieron un descuento por su habitación y le dieron la dirección de un bar donde encontraría los últimos vestigios de la decadencia burguesa de Budapest. Se pasó por él más tarde esa noche y charló con la dueña, Anna, una bonita chica de veinticinco años que se quejaba de que los comunistas eran unos pelmazos insufribles y pésimos para el negocio. Capa le sacó una foto fumando un cigarrillo, con bisutería y un provocativo corpiño negro. Tenía los labios gruesos y el pelo negro brillante, pero una mirada atormentada. Provenía de una familia aristocrática y había sido una jinete diestra hasta que los nazis le habían requisado los caballos. Luego los comunistas le habían quitado sus tierras. Ella había tratado de escapar de Hungría, según explicó a Capa, pero la había detenido la policía y esos días esperaba un pasaporte.

Hacia las dos de la madrugada Capa se puso sentimental y decidió preguntar a Anna si le apetecía pasear con él por la orilla del Danubio. Allí, a la temblorosa luz de las farolas, había hecho sus primeras conquistas y no tardó en hacer lo mismo con Anna. Meses después se jactaría delante de sus amigos de París de haberse llevado a la cama a una húngara de sangre azul. Antes de la guerra, los de su clase se habrían descubierto la cabeza y dirigido a Anna como la condesa Fehervary.

A la mañana siguiente, Capa salió del hotel Bristol con las Leicas colgadas del cuello. Los hoteles vecinos en ruinas estaban siendo derribados por expertos en demolición y después de cada explosión caía sobre las cabezas una lluvia de polvo de ladrillo. Se encaminó a la calle Vaczi, una de las zonas de tiendas más elegantes de Budapest, si no de Europa. En su juventud había conocido a un chico judío, Sandor, que trabajaba allí en una peletería. Como sólo uno de cada veinte judíos húngaros había sobrevivido al Holocausto, le sorprendió encontrarlo vivo, y le desconcertó lo mayor que parecía; había perdido todo el pelo y el horror le había surcado la cara de profundas arrugas. Había estado preso en los campos de exterminio y a continuación caído prisionero de los rusos. En la actualidad arreglaba los abrigos de piel estropeados de las señoras ricas.

Al cabo de varios días en Budapest, Capa se encontró con otro viejo amigo, un escritor llamado György Markos³. Capa adoptó su habitual papel de anecdotista gracioso, el lacónico encantador que cuenta un cuento chino detrás de otro. Le explicó a Markos la vez que había quedado colgado de un árbol porque el paracaídas se le había enganchado en las ramas. Sin saber si estaba detrás de las líneas enemigas o no, se había quedado allí colgado, bebiendo tranquilamente sorbos de whisky hasta que lo bajaron. En otra ocasión nada menos que el presidente Roosevelt le había preguntado si podía ayudarlo de alguna manera. «Sí, consígame un pasaporte», había respondido él.

La noche tocaba a su fin cuando Capa confesó a Markos que llevaba viviendo desplazado desde 1931. Seguía viajando con pasaporte de refugiado. De hecho, llevaba desde los diecisiete años yendo de un hotel a otro, de un país en guerra a otro.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Markos.

—¿Qué puede hacer un reportero de guerra sin empleo? —Capa se encogió de hombros—. Viajar a donde pueda.

—Entonces ¿sigues buscando aventura? ¿Reconoces en el fondo que eres un aventurero y necesitas

la emoción de la guerra?

—¡Estás loco! —replicó Capa—. Odio la violencia y no hay nada que odie más que la guerra⁴.

André Friedmann nació el 22 de octubre de 1913, con una buena mata de pelo negro y un meñique más en una mano. La deformidad confirmó a su madre su convicción de que era un niño especial, uno de los elegidos de Jehová⁵. El mundo en guerra y las continuas peleas entre sus padres fueron las primeras experiencias de André. Tenía menos de un año cuando Hungría entró en la Gran Guerra de 1914-1918 en el bando de los alemanes. Hasta que se marchó de Hungría como refugiado político en 1931, apenas pasó una semana sin que sus padres discutieran con resentimiento, por lo general a causa de la afición al juego del padre y las mentiras que seguían⁶.

Los padres de André tenían poco en común aparte de ser judíos no practicantes y provenir de familias terriblemente pobres. Nacido en junio de 1880, su padre Dezsö Friedmann había crecido en un apartado pueblo de Transilvania, una región interior de antiguas supersticiones, cultura medieval y sensibilidad romántica. En su juventud Dezsö había escapado de esa región apartada y vagado varios meses por Europa, abriéndose camino de Budapest a Londres y más tarde a París. El resto de su vida idealizó ese período juvenil de ansia de conocer mundo; el joven André escuchaba durante horas a su padre contar historias sobre cómo había vivido de su ingenio y encanto mientras iba sin rumbo de una ciudad hostil a otra en busca de dinero y emociones.

Dezsö se casó en 1910 con Julianna Henrietta Berkovits, la madre de André, y juntos abrieron un pequeño salón de costura en el barrio Belvaros de Pest, hasta el día de hoy el corazón del barrio comercial de la ciudad. Se instalaron en un piso nuevo en forma de «U» de Városház Utca, a pocos metros del Pilvax Café donde se habían reunido los líderes de la revolución de 1848.

Dezsö se consideraba a sí mismo maestro sastre, pero enseguida demostró ser un *bon viveur* de ciernes, mucho más interesado en llevar trajes elegantes que en confeccionarlos. La suerte explicaba el éxito o el fracaso, y las reglas de la vida eran tan sencillas como las del pinacle, su juego de cartas favorito. Los mejores jugadores se comportaban como ganadores y representar bien el papel era lo que te permitía jugar la partida adecuada en la mesa indicada. Ésa era la parte difícil. Luego la suerte descubría su juego. Era una filosofía que su joven hijo nunca olvidaría.

La madre de André creía lo contrario. Hija de un campesino agobiado de preocupaciones, había crecido en un rincón feudal del Imperio austrohúngaro en el seno de una familia de diez hijos, y había luchado toda su vida. Colocada de aprendiz de modista a los doce años, Julia estaba decidida a evitar a sus hijos el mismo destino y a menudo cosía desde la mañana hasta altas horas de la madrugada soñando con que su hijo especial acabaría haciendo algo más que vender de puerta en puerta los uniformes de la esperanza a la burguesía judía.

Cuando no trabajaba, Julia a menudo mimaba a André y lo vestía con bonitos trajes de marinero conjuntos de encaje. Una imagen de 1917 muestra a un André pensativo, vestido con uno de los elaborados trajes de su madre, sentado con su sonriente familia. Los Friedmann nunca volvieron a parecer tan felices. En octubre de 1918, semanas antes de que terminara la guerra, la revolución sacudió Budapest y la familia observó cómo la gente se apiñaba en las calles agitando crisantemos, símbolo del levantamiento comunista del leninista Béla Kun. Sin embargo, el experimento de Hungría de establecer una dictadura soviética terminó el 1 de agosto de 1919, al cabo de ciento treinta y tres días exactos, con un golpe de Estado apoyado por el ejército rumano.

A finales de otoño el almirante Horthy, el prototipo del fascista, tenía Hungría firmemente bajo su control. Al cabo de un par de meses Horthy ordenó la ejecución de cinco mil izquierdistas. Más de setenta mil fueron encarcelados o llevados a campos de internamiento. Durante lo que no tardó en conocerse como el «Terror Blanco», se extendieron por toda Hungría las persecuciones antisemitas organizadas, instigadas en parte por la descripción de traidores judíos que había hecho Horthy de Béla Kun y compañía. Los Friedmann mantenían a sus hijos a salvo en casa mientras en un callejón cercano unos derechistas golpeaban a varios estudiantes judíos, envalentonados por las leyes antisemitas que fijaban cupos de acceso para los judíos a las universidades y facultades de derecho*.

Pero el golpe psicológico más fuerte atestado a la tierra natal de André no fue la derrota de la Primera Guerra Mundial ni la dictadura de Horthy, sino una hoja de papel: el tratado de paz de Trianón, que formaba parte de los acuerdos de paz más amplios de Versalles. El 4 de junio de 1920 Hungría se vio obligada a ceder el 70 por ciento de su territorio y el 60 por ciento de su población total. Las nuevas fronteras redujeron Hungría en dos tercios. De todas las potencias derrotadas Hungría fue la que más perdió. La amarga protesta de los húngaros patrióticos, «*Nem, nem, soha!*» [¡No, no, nunca!], resonó durante toda la juventud de André⁷. En 1923 André se matriculó en el instituto Imre Madách Gymnasium de Barcsay Utca. Alumno inferior a la media y con escasa capacidad de concentración, a menudo no terminaba los deberes, y sus compañeros de clase lo veían como un soñador bastante desharrapado. Según su madre «Julita», «siempre llevaba los pantalones con desgarrones». Y «siempre chocaba con las farolas porque hablaba con demasiada pasión. Era un niño bueno, no había rudeza en él. Siempre sonreía. A veces era un poco torpe, y esa torpeza lo hacía tímido. Y ya le gustaban las niñas... desde que era un bebé»⁸.

Cuando André alcanzó la adolescencia, Julia estaba demasiado ocupada tratando de mantener a flote el negocio familiar para hacer mucho caso al hijo al que antes había consentido. Después del colegio él vagaba por el barrio judío de Pest con otros chicos que vivían de su ingenio*. «André parecía hacer lo que le venía en gana», recuerda su amiga de la infancia Eva Besnyő, entonces una niña morena con aire melancólico y ojos tan oscuros que una vez un hombre en el tranvía le dijo que fuera a casa a lavárselos.

Cuando no deambulaba por las calles de los barrios bajos de Pest, André jugaba con Eva y sus de

hermanas adolescentes, Panna y Magda. «André luego me confesó, sentimental como era, que estaba enamorado de mis hermanas y de mí. No fue capaz de decidir cuál le gustaba más —dice Eva, cuya madre de clase media alta desaprobaba con vehemencia al inculto André—. Él esperaba que algún día alguien nos secuestrara, para poder ser el héroe que nos rescatara. Entonces mis padres por fin aprobarían. Era muy soñador en el fondo.»

Eva, hoy en día una anciana de noventa y un años superviviente judía de un siglo de horrores, vive sola en Amsterdam, su hogar desde que huyó de Hitler en 1933. Aunque físicamente débil, sigue teniendo una mente perspicaz y sus recuerdos son nítidos, nostálgicos y vívidos. Fotógrafa célebre en Holanda, ha pensado en imágenes toda su vida. «Entonces yo llamaba a Capa “Bandi” —explica— (Bandi es el diminutivo de André)—. Era su apodo. También lo llamábamos “Capa”, que significaba tiburón. El apodo de su [hermano] Cornell era cocodrilo*.»

Besnyö recuerda que Bandi a menudo se quejaba de que se aburría, y buscaba líos y peligro. Cuando ella descubrió su pasión por el esquí, a pesar de las enfadadas protestas de Julia**. A los quince años André pidió prestados unos esquís y fue con Besnyö a la colina Svabhegy que dominaba Budapest. Ninguno de los dos se había probado siquiera los esquís, pero eso no fue obstáculo para que subieran en el telesilla hasta la cima.

—Voy a hacerlo —dijo André con determinación mientras Budapest desaparecía a lo lejos y el Danubio helado describía una gigantesca curva a sus pies.

—Pero si no sabes qué hay que hacer —replicó Besnyö.

André se encogió de hombros.

—Voy a hacerlo de todos modos.

«Nunca le asustaba probar cosas nuevas, sobre todo cualquier aventura que entrañara un poco de peligro —explica ahora Besnyö—. Yo confié en que no se rompiera una pierna, y no lo hizo. Bajó y volvió a subir. Siempre quería descubrirlo todo por sí mismo.»

Joven moreno de cejas pobladas, labios gruesos y manos delicadas, André cada vez tenía más éxito entre sus compañeras de clase y las chicas del barrio. A menudo se le veía besándolas debajo del puente Elizabeth, un rincón muy frecuentado por los jóvenes enamorados de Pest. Pero al parecer no perdió la virginidad con ninguna joven eslava con ojos de cervatillo de Pest. Él declaró más tarde que sus primeras relaciones sexuales las había tenido con una adinerada clienta de mediana edad de su madre que lo había seducido cuando fue a entregarle un vestido nuevo⁹.

Poco después se mezcló con revolucionarios de izquierdas. El ambiente pedía alguna acción osada y a finales de los años veinte estallaron en Hungría sangrientos disturbios sociales entre la izquierda y la derecha. Por las calles de la capital, las batallas campales entre facciones rivales se convirtieron en un encuentro semanal y, antes de cumplir los dieciséis años, André se había vuelto un veterano combatiente callejero, juntándose a menudo con otros miles de jóvenes radicales que recorrían los barrios obreros de Pest. «André empezó a militar políticamente por varios motivos —explica Besnyö

— Se sentía discriminado por ser judío. Pero también le atraía el peligro.»

Durante la caza de brujas de McCarthy de los años cincuenta, André temió que su pasado perjudicara y negó repetidas veces haberse afiliado al Partido Comunista de Hungría o de cualquier otro país.

Explicó su postura política de ese período en una declaración jurada en 1953:

Durante mis dos últimos años en el instituto me interesé por la literatura y la política, y decidí hacer carrera como periodista. En aquella época criticaba duramente la dictadura antisemita del almirante Horthy. Estudié el socialismo, pero enseguida me desalicé en desacuerdo con los objetivos y métodos del Partido Comunista¹⁰.

En esa declaración jurada André no mencionó al FBI que una noche a una hora avanzada se había reunido con un reclutador del Partido Comunista en Budapest. Según su hermano Cornell, el reclutador dijo a André que «al partido no le interesaban los jóvenes intelectuales burgueses». En respuesta, [André] decidió que no le interesaba el partido»¹¹. Ese flirteo con el comunismo a altas horas de la madrugada costó caro a André, según su hermano. «El daño ya había sido hecho», escribiría más tarde. «Un policía secreto había sido testigo del encuentro¹².» Cuando André llegó a casa lo detuvieron dos agentes. Julia les suplicó que no se llevaran a su hijo; eran tantos los reclutas subversivos que no habían vuelto nunca de las celdas de Horthy... Pero desoyeron sus súplicas, subieron a André a la parte trasera de una furgoneta de la policía y se lo llevaron para interrogarlo. En una pequeña celda, donde otros prisioneros políticos habían garabateado sus nombres en las paredes con unos matones contratados por Peter Heim le pegaron y golpearon.

«Era corriente que los jóvenes activistas recibieran una paliza como medida disuasiva —dice Eva Besnyö—. Pero no lograron asustar a André. Se rió en su cara mientras lo golpeaban, porque sólo podían insinuar que era de izquierdas. No tenían modo de demostrar que era comunista.» Al parecer André se rió de sus interrogadores hasta que éstos lo dejaron inconsciente.

Cómo y en qué estado lo soltaron más tarde sigue siendo un enigma. La mujer de Imre Hetényi, jefe de la policía estatal, era, según Cornell, «una buena cliente» del salón de costura de sus padres. «A través de ese contacto nuestro padre logró que soltaran a mi hermano con la condición de que se marchara de inmediato de Hungría¹³.»

¿Un insignificante sastre judío podía realmente haber persuadido al hombre fuerte de un estado policial? ¿O tal vez Heim había perdido al pinnacle y debía dinero a Dezsö? Eva Besnyö señala que hubo una razón mucho menos dramática para que André se marchara finalmente de Hungría: se limitó a seguir el ejemplo de ella*. Como joven judía, ella ansiaba escapar del creciente antisemitismo en Hungría. En 1930 su padre había consentido en enviarla a estudiar fotografía a Berlín, el epicentro de la experimentación en este arte. Cuando Besnyö anunció a André que se iba a Berlín, él respondió con indiferencia: «Puede que yo también vaya».

«¿Cómo vas a arreglártelas para llegar allí?», preguntó ella. Sabía que los Friedmann apenas tenían

dinero para matricularlo en la Universidad de Budapest, y menos aún para pagar los gastos del viaje
Berlín. «No te preocupes por eso. Llegaré», replicó André.

2

Bárbaros en las puertas

Soy una cámara.

CHRISTOPHER ISHERWOOD, *Adiós a Berlín*

En julio de 1931 André se marchó de Budapest en tren. Tras una ruta indirecta llegó a Berlín principios de septiembre. Sintióse solo y de pronto vulnerable, sin haber cumplido aún los dieciocho años, buscó a Eva Besnyö, a quien finalmente encontró viviendo en un pequeño estudio*.

—¿Cómo te las has ingeniado para llegar hasta aquí —le preguntó ella.

André no había hecho autoestop ni se había abierto camino hasta allí de alguna otra manera romántica. En lugar de ello había explotado con astucia su identidad judía para cumplir su promesa de seguirla hasta Berlín. «André siempre fue muy espabilado —recuerda Besnyö—. Se había enterado que la comunidad judía de Budapest enviaba a alumnos de talento a estudiar al extranjero. De modo que había solicitado una beca y se la habían concedido.» Pero la beca no le había permitido viajar directamente de Budapest a Berlín; había tenido que ir de una familia judía a otra, pasando por Praga, Viena y Dresden, hasta llegar por fin.

Cuando Besnyö le preguntó qué pensaba hacer en Berlín, él respondió que iba a estudiar ciencias políticas en la famosa Deutsche Hochschule Für Politik, y el 27 de octubre se matriculó para el trimestre de invierno. Pero se sentía demasiado inquieto e intrigado acerca de Berlín, estaba demasiado ansioso de experiencias para soportar las interminables explicaciones teóricas, y muy pronto empezó a saltarse clases.

Esos primeros meses en Berlín no fueron difíciles para André. Sus parientes le enviaban pequeñas sumas de dinero y sus padres le pasaban una mensualidad. Pero cuando la economía mundial hundió en la depresión que siguió al crac de Wall Street de 1929, el salón de costura de los Friedmann perdió clientes y Julia dejó de enviarle los pocos marcos que él necesitaba cada mes. Cuando el otoño dio paso al crudo invierno, Capa empezó a conocer lo que era la desesperación. Según su prima Suzette Marquis, pronto pasó tanta hambre que robaba costillas de ternera del plato del perro de su casa, frau Bohen¹. Tras varios meses sin pagar el alquiler, André se marchó precipitadamente en cuanto frau Bohen empezó a sospechar dónde había ido a parar la cena de su querido dachshund.

A principios de 1932 André necesitaba ganar dinero si quería continuar sus estudios sin morir de hambre. Tras haber considerado brevemente el periodismo como carrera en Budapest, empezó entonces a plantearse en serio la fotografía. «Mientras estudiaba —declaró en 1953—, el dinero que me enviaban mis padres se acabó, y decidí hacerme fotógrafo, que es lo más parecido al periodismo para alguien que no domina el idioma².» (Su alemán seguía siendo limitado en aquella época.)

Preguntó a Eva Besnyö si podía ayudarle a encontrar trabajo en una agencia o estudio.

—Este asunto de la fotografía, ¿es una buena forma de ganarse la vida? —se preguntó.

—¡No hables así! —replicó Besnyö—. No es una profesión. Es una vocación.

—Eso no importa. ¿Es divertido?

—Sí, lo pasas muy bien.

Eva Besnyö conocía a varias personas que podían ayudar a André a encontrar empleo. Tal vez lo mejor era que se pusiera en contacto con un fotógrafo llamado Otto Umbehers, un ex minero que había estudiado diseño en la escuela de arte y diseño Bauhaus y en esos días era director de publicidad de retratos de una prestigiosa agencia llamada Dephot*. Besnyö telefoneó a Umbo (como lo llamaba la mayoría de la gente) y le preguntó si podía servirle un «chico muy listo». Umbo respondió que se lo enviara. La siguiente vez que Besnyö tuvo noticias de André, éste trabajaba de ayudante en el cuarto oscuro de Dephot, rellenando las botellas de fijador y revelador y colgando las copias para que se secaran al tiempo que aprendía los rudimentos de la exposición y el positivado.

André se quedó extasiado con el ritmo acelerado y la excitación que se respiraba en la agencia. Las fechas de entrega se les echaban encima, se caldeaban los ánimos, y la persecución de fotografías y noticias nunca cesaba. Aunque lo habían contratado por una miseria para trabajar en el cuarto oscuro, André no tardó en ayudar también a organizar los encargos y a hacer trabajos administrativos en la oficina principal de la agencia. Los días eran largos y frenéticos, ya que Dephot proveía a muchos de los dos mil quinientos periódicos y publicaciones de Alemania, y por lo menos a una docena de periódicos de Berlín que cada semana sacaban un suplemento ilustrado.

La última palabra en la agencia la tenía Simon Guttmann, un hombrecillo con gafas de energía inagotable y talento para crear noticias. En 1928 había montado la agencia Dephot para sacar provecho del rápido crecimiento de las revistas ilustradas en Alemania. Cuando André entró en la agencia, entre los fotógrafos había varios periodistas gráficos bien considerados como Felix Man, que llevaba trabajando desde 1929 para la *Müncher Illustrierte Presse* por unos mil marcos garantizados al mes. Es posible que André trabajara para Dephot cuando Man hizo su serie de fotografías más famosa, «Un día en la vida de Mussolini». Hoy en día se considera un clásico de la primera fase del reportaje, una noticia gráfica que captó con brillantez y sutileza la vanidad y absurdidad de Il Duce³.

Hacia el verano de 1932 André había dejado la universidad (su pretexto para ir a Berlín) y ayudaba a Man y a otros en sus encargos de captar la vida cotidiana de la ciudad. A menudo le pasaban una pequeña cámara para que cambiara el carrete: uno de los primeros modelos de la ahora famosa Leica

La Leica hacía posible lo imposible, con sus lentes de alta velocidad y obturadores de plano focal que reducían a una milésima de segundo el tiempo de exposición. Permitía a los periodistas gráficos de Dephot hacer fotografías de acción y trabajar con poca luz sin depender de un complicado y caro equipo de iluminación⁴.

André tomó prestada una Leica de la oficina de Dephot y enseguida aprendió a potenciar al máximo sus ventajas técnicas. No había mejor lugar o época para adquirir práctica en la técnica del reportaje que Berlín y su fascinante combinación de extremos políticos y culturales. La fotógrafa Gisèle Freund estudiaba por aquella época en Berlín y trabaría amistad con André tras huir de Alemania y sacar clandestinamente del país las conmovedoras fotografías que había hecho de las víctimas políticas de Hitler. «La capital de la joven República —recordaba— [era] el centro de los movimientos intelectuales y artísticos alemanes. Su teatro se hizo famoso por las piezas de Bertolt Brecht, Ernst Toller y Karl Zuckmayer, y por la obra de los directores Max Reinhardt y Edwin Piscator. Las películas de cine mudo de UFA, dirigidas por Fritz Lang, Ernst Lubitsch y otros, eran conocidas internacionalmente*.»

En 1932 Berlín era también un campo de batalla donde la izquierda y la derecha se enfrentaban en las calles de la futura Alemania. El 4 de junio de 1932 se disolvió el Reichstag y se fijaron las elecciones nacionales para el 31 de julio. El 15 de junio se levantó la prohibición de la SA (*Sturmabteilung*, División de Asalto), una organización paramilitar nazi, y Alemania se encontró de repente inmersa en la violencia política. En los barrios obreros de Berlín murieron cientos de personas en luchas callejeras. Hacia mediados de julio la guerra civil amenazaba con engullir el país. Todos los partidos políticos, excepto el nazi y el comunista que estaban en lucha abierta entre sí, pedían el restablecimiento del orden y la ley. En Berlín se declaró la ley marcial.

El 31 de julio el Partido Nacionalsocialista ganó más escaños que ningún otro partido, obteniendo 13.745.000 votos. Las clases media y alta de Alemania habían recurrido en masa a Hitler, en parte por el miedo general a un levantamiento comunista. Aunque parecía que los comunistas se estaban ganando rápidamente el apoyo de la clase obrera —obtuvieron doce escaños, lo que los convirtió en el tercer partido del Reichstag, con ochenta y nueve afiliados—, no pudieron formar oposición frente a los trescientos veinte escaños de los nazis.

En otoño, con Alemania sumida en el caos político, André tuvo su primera gran oportunidad en la agencia Dephot. Un día, a la luz roja del cuarto oscuro, vio cómo tomaban forma unas imágenes increíblemente exóticas. Mostraban una India fascinante, tal como la había visto Harald Lechenper, uno de los reporteros más intrépidos de Dephot. Cautivado, André entró precipitadamente en la oficina de Guttman para comentar lo excepcionales que eran las fotografías. Al ver su pasión, Guttman decidió entrenarlo y varios meses después le encomendó su primer trabajo importante⁵.

El 27 de noviembre André se coló en el estadio de Copenhague, el Sportpalast, y esperó a que el protagonista de su primer reportaje apareciera ante una gran multitud. Guttman le había encargado

que fotografiara a León Trotski dando una conferencia sobre «el significado de la Revolución rusa». Mientras Trotski hablaba, André hizo fotos sin parar, captando imágenes granuladas del enemigo acérrimo de Stalin en sus últimos momentos ante una gran multitud. Cuando Trotski guardó silencio el Sportpalast estalló en aplausos. André observó a Trotski de pie solo, repentinamente exhausto. Los entusiastas ovaciones no se debían a su discurso. Los estudiantes rendían homenaje a un hombre que ya andaban buscando los asesinos de Stalin y que se había visto rechazado por un país tras otro en su desesperada búsqueda de refugio. Cuando abandonó el escenario pareció como si la muerte se abalanzara sobre él.

André no fue el único fotógrafo que acudió al Sportpalast ese domingo con una Leica, pero sus fotografías fueron con diferencia las más conmovedoras. De crucial importancia fue que se hubiese situado a pocos pasos del sujeto. Aunque técnicamente distaban de ser perfectas, sus imágenes poseían la intimidad e intensidad que iban a convertirse en su sello característico. Al regresar a Berlín, se enteró de que la revista *Der Welt Spiegel* había dedicado una página entera a sus fotografías. En letra pequeña, a pie de página, se leían las embriagadoras palabras: «Aufnahmen: Friedmann–Dephot»⁶.

Sin embargo, su primera foto firmada no contribuyó a mejorar su precaria situación económica. A menudo sin blanca, empezó a frecuentar el café Romanisches, lugar de reunión de la comunidad emigrante, donde solía gorronear un café o algo de comer a sus compatriotas húngaros. Pero éstos cada vez eran más escasos en Berlín. Su amiga Besnyö ya se había marchado ese verano. «Las Camisas Marrones [las SA] habían tomado las calles —explicó ella—. En todas partes veías a nazis con una porra colgada del cinturón. Empecé a sentirme terriblemente insegura»⁷.

André se quedó más tiempo, reacio a volver a Hungría donde el régimen fascista del almirante Horthy había intensificado la persecución de judíos y demócratas. Así, mientras los intelectuales y artistas huían de Berlín, un André sin hogar deambulaba por la ciudad, durmiendo a menudo en los parques y portales, siendo testigo del ascenso de Hitler de la nada al poder.

El 30 de enero de 1933 el presidente Hindenburg se dejó persuadir por sus asesores para nombrar a Hitler como canciller. Mientras el sol se ponía sobre un caótico Berlín, cada vez se oía más fuerte el ruido de las botas altas. André observó a las tropas de asalto nazis marchar por las calles en perfecta formación, sosteniendo en alto antorchas encendidas para celebrar el ascenso del cabo austríaco al poder. Los miembros de la nueva élite de Alemania salieron del bosque de Tiergarten a millares y cruzaron con paso firme la puerta de Brandenburgo y bajaron por Wilhelmstrasse. La letra de su canción de marcha favorita, *Horst Wessel!*, resonó por toda Alemania. En la Cancillería, Hitler disfrutaba de su momento de asombrosa gloria.

La revolución nazi hipnotizó al pueblo alemán. Hitler prometió un renacimiento nacional, empleando la restauración del orgullo alemán y la destrucción de las fuerzas decadentes que habían dado origen a las abominaciones de la República de Weimar: homosexuales, comunistas y judíos. Después de la noche de triunfo de Hitler, André comprendió que sus días en Berlín estaban contados. Tarde

- [download Napoleon \(BFI Film Classics\) pdf, azw \(kindle\), epub](#)
- [download Route 19 Revisited: The Clash and London Calling pdf](#)
- [read Correspondance: Janvier 1979-DÃ©cembre 1987 \(Volume 6\) for free](#)
- [L'Å“uvre d'art Å“ l'Å“poque de sa reproductibilitÃ© technique pdf, azw \(kindle\)](#)

- <http://twilightblogs.com/library/Napoleon--BFI-Film-Classics-.pdf>
- <http://interactmg.com/ebooks/The-Fifth-Discipline--The-Art-and-Practice-of-the-Learning-Organization.pdf>
- <http://fitnessfatale.com/freebooks/Creative-Model-Construction-in-Scientists-and-Students--The-Role-of-Imagery--Analogy--and-Mental-Simulation.p>
- <http://crackingscience.org/?library/SQL-and-Relational-Theory--How-to-Write-Accurate-SQL-Code--2nd-Edition-.pdf>